Los Altares de Toyopán

Por JORGE A. LINES

Este estudio fué hecho con motivo de la Exposición de Arqueología de octubre de 1934, siendo premiado con medalla de oro por el Hon. Club Rotario de San José. La edición original fué muy limitada y se encuentra agotada, razón por la cual nos complacemos en reproducirlo. Aunando la arqueología y la etimología, el autor identifica la región de San Rafael de Coronado con el antiguo cacicazgo huetar de Toyopán.

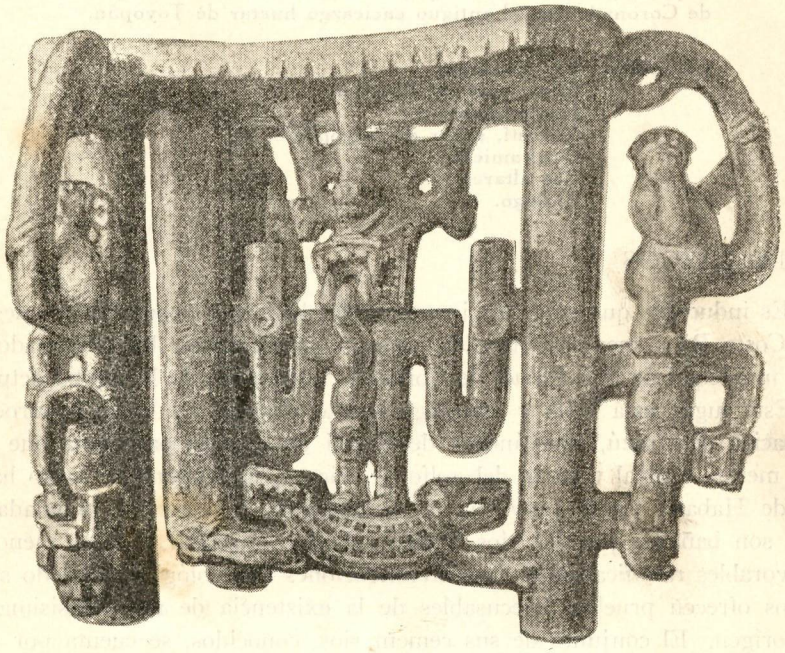
Contenido:
Los hallazgos.
Etimología de Toyopán.
Hagiotoponimia.
Yorustí, señor de Toyopán.
Ocultamiento.
Los altares.
Epílogo.

LOS HALLAZGOS

Es indudable que entre los innumerables hallazgos arqueológicos descubiertos en Costa Rica, merecen marcada importancia científica, los exhumados en el distrito municipal de San Rafael de Coronado, al noreste de la capital actual, San José. Este lugar está bella y estratégicamente ubicado en la falda suroeste del gran macizo del Irazú, abarcándose desde allí un excelso panorama que incluye toda la meseta central y parte del golfo de Nicoya, extendiéndose luego hasta los cerros de Habana, en la provincia de Guanacaste. Sus tierras onduladas, muy feraces, son bañadas por los ríos Virilla, Macho, Durazno y otros menores, en muy favorables ramificaciones. Las investigaciones arqueológicas en todo su territorio nos ofrecen pruebas irrecusables de la existencia de una densísima población aborígen. El conjunto de sus cementerios, conocidos, se cuenta por decenas de hectáreas. Las reliquias halladas en esta zona incluyen, por lo general, principalmente especímenes de todos los tipos de alfarería y lítica, en artefactos de la inconfundible factura típica de las altiplanicies, los cuales corresponden a una considerable cultura material. Este gran conjunto de hallazgos son de naturaleza tal, que provocan y justifican una mayor investigación científica.

Pero descuellan por sobre todos aquellos bellos objetos, de manera esencial y significativa, tres metates ceremoniales o sean los llamados altares (véanse los grabados Nos. 1, 2 y 3). En ninguna otra parte de la república han sido halladas, hasta hoy día, piezas semejantes, de tan marcada individualidad, en esa técnica que es única en nuestras antigüedades, bellas manifestaciones de la escultura aborigen, llevada a un alto grado de perfección. Estos metates son atribuíbles a la raza huetar, que es la única entre las de nuestros aborígenes que puede considerarse, en el sentido prístino de la palabra, como verdaderamente autóctona y pura en Costa Rica. Como tribus colaterales a los huetares, figuran de primero los chorotegas y los bruncas. De los chorotegas se sabe que eran hordas advenedizas, su propio nombre nos lo indica: "los expatriados". En un tiempo no muy ante-

rior al descubrimiento, habían ellos invadido y conquistado la península de Nicoya y aun una parte de la costa al este del golfo. También habían habitado partes aisladas en Centroamérica y México. Según la opinión de algunos historiadores, eran éstos de origen otomí-tlapaneca, pero según otros, se les considera como descendientes directos de las tribus aymará. Los bruncas y talamancas, si bien se cree que formasen un solo grupo de filiación étnica con las razas huetares, muestran sin embargo, ciertas vinculaciones, ya artísticas, ya lingüísticas, con las tribus chibchas, arawaks y caribes, como consecuencias inevitables del contacto



Grabado No. 1.—Altar A, o metate de ceremonia, que representa el concepto huetar del Dios de la Lluvia. (Procede de San Rafael de Coronado; longitud 86 centímetros). En el Museo Nacional.

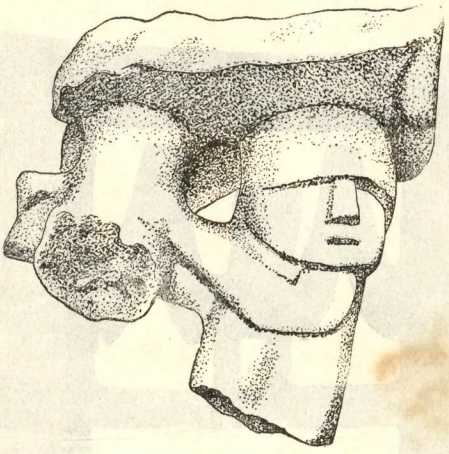
íntimo con esas olas de migración de aquellos pueblos del norte de Sur-América. Por otra parte, podríamos asegurar que huetares, bruncas y talamancas en general, y aparte de esas influencias, no pertenecían sino a una sola raza, si hemos de tomar como base de identificación, la estrecha semejanza en los trabajos de piedra y la homogeneidad en las formas y decoraciones de sus vajillas, todos los cuales en realidad dependen de una sola escuela cultural. La evidencia arqueológica manifiesta de un modo positivo, en estas artes menores, la extensión geográfica de aquellas tribus.

ÉTIMOLOGIA DE TOYOPAN

La etimología de la palabra "Toyopán" está íntimamente ligada a los principales objetos encontrados en San Rafael de Coronado y sus alrededores. Los tres metates de piedra tallada hallados allí, verdaderas riquezas y obras maestras de

nuestro arte aborigen, tienen substancial importancia tanto arqueológica como etnológica. Ellos, aun por sí solos, como exponentes artísticos preeminentes, podrían exaltar a las tribus huetares a lugar destacado en ese vasto grupo de razas, periféricas a las grandes civilizaciones maya y azteca, haciéndolos sobresalir como inspirados artistas, y como tribu, ha tiempo, ya iniciada en los avanzados ceremoniales rituales.

Además, aparte de la excelencia en estos sentidos, y aprovechando la etimología de un toponimio de origen nahua, muy nombrado en nuestros documentos del siglo dieciséis, podremos llegar a una deducción lógica concluyente. Me refiero al nombre Toyopán. La etimología de este vocablo, según el doctor Cecilio A Robelo, en su libro "Aztequismos", se deriva del nahuatl "teopán". Esta palabra, a su vez, es una síntesis de "teotl", dios, y del sufijo locativo "pan", dándonos como



Grabado No. 2.—Altar B, fragmento que representa un guerrero. (Procede de San Rafael de Coronado; longitud 47½ centímetros). Colección J. A. L.

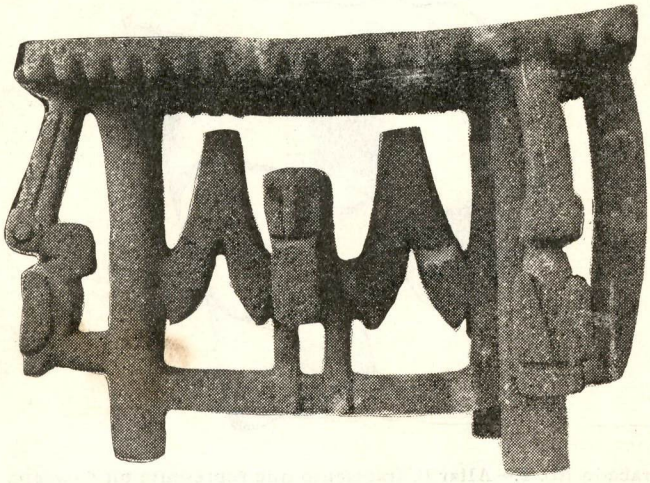
significado literal, el de "lugar donde está dios". Se pueden agregar además a esta idea primordial, por extensión bien permisible, las interpretaciones afines de "lugar de ídolos", "lugar de adoración", "lugar sagrado", "templo de altares", y aun otras más. Aunemos ahora la etimología, con el resultado inmediato de nuestros hallazgos arqueológicos, y podremos identificar el sitio donde se han exhumado estos tres altares, con el "lugar donde está dios" de los antiguos documentos, que por asociación de ideas, no es sino un "lugar de altares". Tendremos así relocalizado, gracias a la elocuente confirmación arqueológica, el antiguo asiento geográfico de Toyopán, perdido durante tantos siglos.

También el doctor don Antonio Peñafiel, en su catálogo de nombres de lugar pertenecientes al idioma nahuatl, describe los vocablos "Teopantepec" y "Teopantlan", ofreciéndonos etimologías similares a la anterior. Además nos indica que el geroglífico de una pirámide con escalones produce el signo fonético "te-

pán". En este caso, nos es asimismo perfectamente dable el adoptar este ideograma "teopán" como distintivo preciso de nuestro distrito de Toyopán, identificado desde este momento con San Rafael de Coronado y la región aledaña. (Véase el grabado Nº 4).

HOGIOTOPONIMIA

Pero desgraciadamente éste, como tantos otros nombres de lugar, indígenas, pasaron al olvido, víctimas de un terrible furor de hagiotoponimia. Los religiosos hispanos que tan valerosamente seguían a los intrépidos capitanes en sus conquistas, quisieron abolir por completo la toponimia pre-colombiana. Para ello, al ser conquistado un pueblo, substituían su nombre primitivo por uno del calendario cristiano, tomado al azar, cuyo santo le imponían desde luego como patrón.



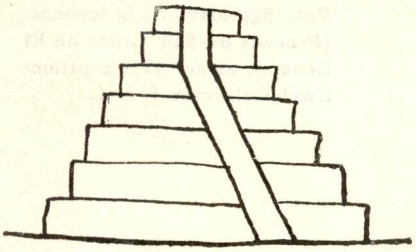
Grabado No. 3. — Altar C, o metate de ceremonia, representando el mito antropogénico. (Procede de San Isidro de Heredia; longitud 73½ centímetros). Colección J. A. L.

En algunas ocasiones se tomó indistintamente el de cualquier santo del día de una victoria. ¡Cuánto mejor no hubiera sido el conservar aquellos bellos nombres aborígenes, casi siempre vocablos descriptivos, onomatopéyicos, de etimologías tan interesantes!

YORUSTI, SEÑOR DE TOYOPAN

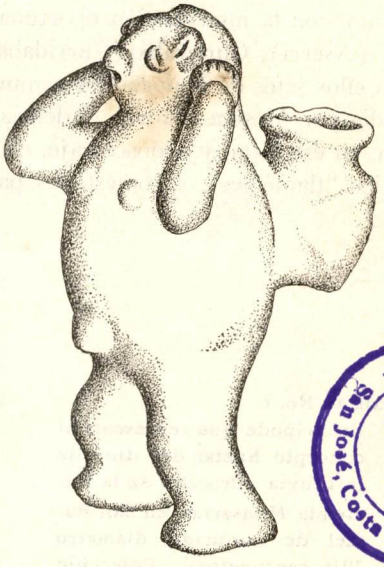
El Justicia Mayor y el Capitán General de las provincias de Nueva Cartago y Costa Rica, don Juan Vázquez de Coronado, en las cartas y relaciones dirigidas a Su Majestad el Rey de España, don Felipe II, menciona a Yorustí con frecuencia, distintamente como el señor de Toyopán. Este cacique Yorustí, el último Toyopán-tecuhtli, fué contemporáneo del gran conquistador Juan Váz-

quez, quien le menciona como persona principal y de reconocida consideración. Tenemos entonces, que al poder localizar la región de Toyopán #, como consecuencia directa del hallazgo de los altares de ceremonia, podemos también precisar, finalmente, cuales fueron los dominios de Yorusti, puesto que se nos dice con exactitud, como hemos visto, que fué el cacique de Toyopán.



Grabado No. 4.— Pirámide escalonada, ideograma que ofrece el signo fonético Nahua «Teotan». (Apud Peñafiel.)

La ortografía de este nombre está interpretada en varios documentos de diversos modos, pero es evidente que todos ellos son sinónimos, obedeciendo sin duda alguna, a un solo vocablo. Las principales formas de escritura son: Toyocpa, Teyopán, Toyapán y Toyopás.



Grabado No. 5.

Ceramio que representa nn indio cargador «tlameme». (Procede de El General, altura 13½ centímetros

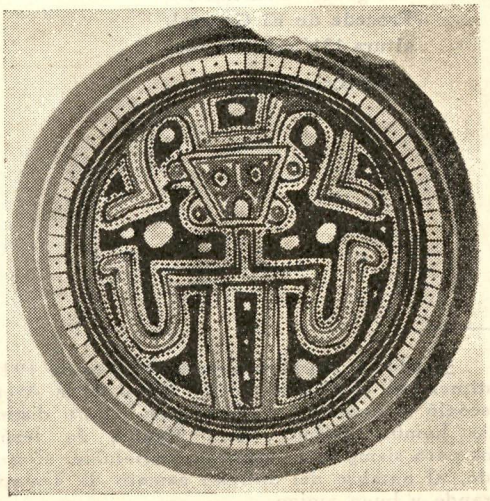
Colección J. A. L.

ARCHIVO NACIONAL · San José, Costa Rica · SECCION HISTORICA

NOTA. En el mes de noviembre de 1910, se segregó por decreto del Congreso Constitucional, el distrito de San Isidro de la Arenilla, del cantón principal de San José. Se escogió el nombre "de Coronado", para distinguir el nuevo cantón, a iniciativa del eximio hombre público, don Manuel de Jesús Jiménez. Quedarán así felizmente unidos para siempre, de manera indisoluble, el nombre del insigne Juan Vázquez de Coronado, al nombre del antiguo asiento de Toyopán, cuyo último cacique, Yorustí, fué su grande y buen amigo.

Grabado Nó. 6.
Vaso figurativo de la lechuza. (Procede de San Isidro de El General; altura 18½ centímetros). Colección J. A. L.

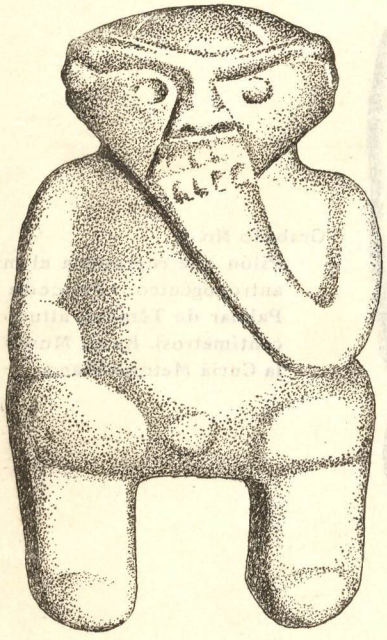
La expedición punitiva a algunos de los cacicazgos de Quepos y de la Turucaca, solicitada por Vázquez de Coronado para proseguir a la pacificación de aquellas aguerridas tribus bruncas, tan hostiles a los españoles, fué llevada a feliz término, con la intervención oportuna y la ayuda conjunta de los caciques Aquetzarrí (Aserrí), Currirabá (Curridabat), de nuestro Yorustí, y de aun otros más, todos ellos jefes de importantes comunidades en el extenso valle de Abra, conocido hoy día por Meseta Central. Además de acompañar personalmente al valeroso capitán, en ese largo y penoso viaje, ellos también contribuyeron con indios cargadores, los "tlamemes", y comestibles para la expedición. (Véase el grabado Nº 5).



Grabado No. 7.
Bol trípode que representa el concepto huetar del dios de la Lluvia. (Procede de la Hacienda Monserrat, en San Rafael de Coronado; diámetro 20½ centímetros). Colección J. A. L.

Me parece de interés citar aquí tan sólo unas palabras del propio Vázquez de Coronado, quien en carta de Nueva Cartago, de fecha 11 de diciembre de 1562, a Su Majestad el Rey don Felipe, describe a los huetares así: *"...Los naturales son vivos de ingenio, belicosos, mayores de cuerpo que otros, bien hechos; imitan en la sutileza de las contrataciones a los Mexicanos; tienen ropa de algodón por extremo buena, gran cantidad de oro de todos quilates"*. Y más adelante, en un momento de entusiasmo, al admirar la fertilidad y la bonanza de las tierras de las mesetas altas, escribe: *"...Finalmente, Vuestra Majestad tiene aquí, uno de los mejores rincones de su reino"*.

Todas la fuerza y belleza atlética de nuestros hombres aborígenes, y la delicadeza y hermosura femeninas las sintetiza Juan Vázquez al hablar con verdadera vehemencia del cacique Corrohore y de su preciosa hermana Dulcehé, nobles de



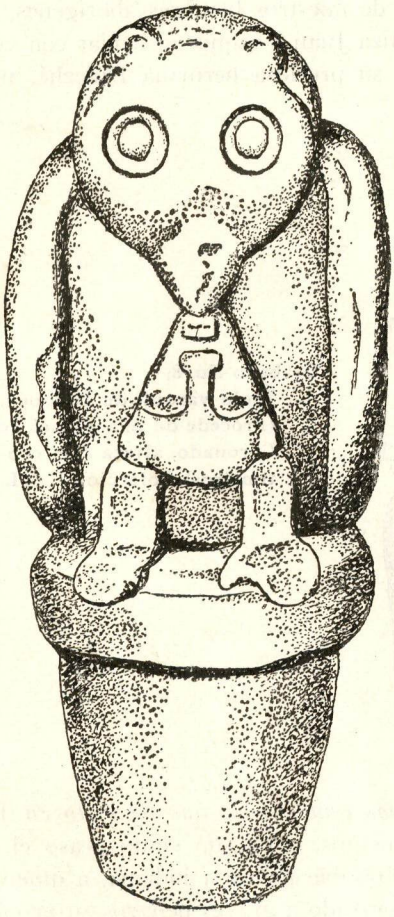
Grabado No. 8.
Idolo varonil de Toyopán. (Procede de San Rafael de Coronado, altura 27½ centímetros). Colección J. A. L.

las tribus Quepos. De él dijo: *"Es el más lindo yndio que he visto en Yndias"*. En cuanto a ella, no lo dicen los documentos, pero ¿no sintió acaso el valiente capitán una dulce pasión por la bella y apacible princesa indiana, a quien rescató de manos del cacique del Coctú, aun exponiendo a graves peligros su propia vida?

OCULTAMIENTO

Después de la época de gobierno de Vázquez de Coronado, cuya actuación en la conquista siempre se distinguió por su caballerosidad y buenos tratos hacia la raza indígena, comparables tan sólo a la dulzura de un Las Casas, apenas vuelve a hacerse mención de Toyopán. Posiblemente los nativos, al ver que los conquistadores les imponían implacablemente una nueva religión y que les destruían

todos los ídolos y templos a su alcance, trataron de ocultarles sus más santos lugares. En el cumplimiento de las órdenes de la Santa Inquisición, algunos catequizadores habían mostrado tenaz empeño. Centenares de ídolos y de objetos paganos fueron despiadadamente rotos, en un deseo impetuoso, de los iconoclastas, de erradicar la idolatría aborigen. Toyopán era un reverenciado santuario, lugar que presupone remota antigüedad, lugar de sacrificios, lugar de oraciones, de fiestas, su centro religioso tradicional. Posiblemente habían logrado sus sacerdotes, que escapara este santuario de las codiciosas miradas cristianas. Fué enton-



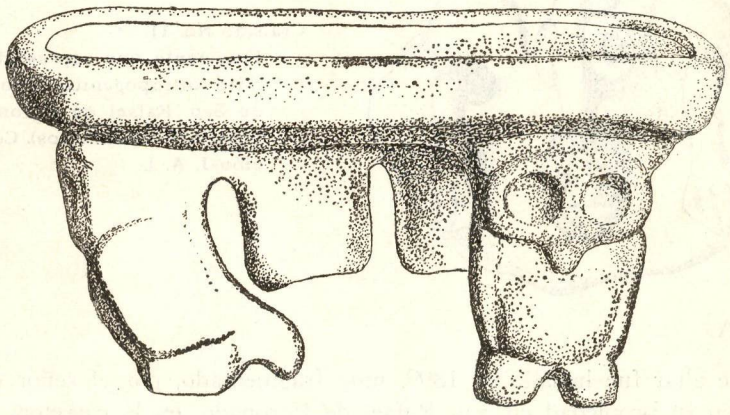
Grabado No. 9.
Pilón que representa el mito antropogénico. (Procede de Palmar de Téraaba; altura 84 centímetros). En en Museo de la Curia Metropolitana.

ces quizás, cuando la población hispana aumentaba, mientras que la indígena decrecía rápidamente a fuer de enfermedades y de privaciones, cuando se sintieron ellos ya desfallecidos para poder soportar por más tiempo esa lucha desigual, cuando en un día de orgulloso sacrificio heroico, fueron sepultadas sus más preciadas reliquias y enseres de su culto, destruídas sí, por propias manos, pero nunca expuestas a la profanación por extraños. Quizás fuese ésta su última gran ceremonia religiosa, convocada para informar tristemente de la irremediable usurpación, de sus derechos ya perdidos...

LOS ALTARES

Los dos altares ceremoniales que están completos, Altar A y Altar C, son monolíticos, tallados en andesita gris. Afectan forma de metate trípode, con una superficie superior plana, rectangular, ligeramente cóncava, con un fleco denticulado, labrado en todo su perímetro. Consiste este fleco, en ambos metates, de setenta y dos puntas. No atino qué significado simbólico pueda tener esta cifra. Ostentan los dos, además, una figura central como motivo principal, que parte del lado monópodo hacia el otro extremo, independiente de los dos soportes restantes, sosteniéndose de la plancha superior por otras columnitas adicionales. Todos estos elementos no son simplemente decorativos, sino que obedecen a alguna significación en el simbolismo indígena.

Del Altar B, por desgracia, se ha recuperado hasta ahora, únicamente, un solo fragmento. Sin embargo, éste es de suficiente tamaño, para adivinar en las líneas que se inician, que aunque de mucho mayores proporciones que los otros dos, sí, posiblemente sea de las mismas características en cuanto a la forma general #.



Grabado No. 10. – Metate que representa lechuzas. (Procede de Tierra Blanca de Cartago; longitud 35 centímetros). Calección J, A. L.

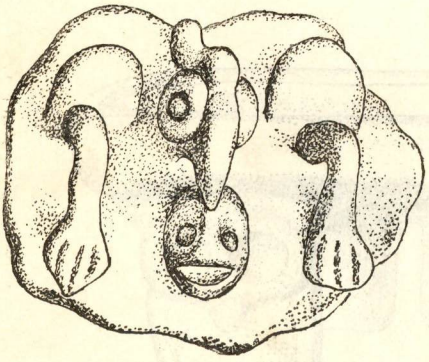
No dudo de que estos altares estuviesen en el tiempo de su uso, recubiertos totalmente de un baño de arcilla fina, o estuco, sobre la cual la decoración policroma, hecha con ocres, venía luego a hacer resaltar con énfasis ciertos elementos importantes. La pintura suplía en algunos casos, la falta de instrumentos más finos para la escultura. Si bien en estos altares no ha quedado vestigio alguno de coloración, sí los hay en otros metates, lo que nos mueve a hacer esta sugestión.

Sobre estos altares se amasó, a no dudarlo, el maíz sagrado, el "teocentli", en acción de gracias a la diosa de la Agricultura, su "Centeotl", en presencia de

---

NOTA #. Además de los Altares A, B y C, existen otros fragmentos de altares, hallados en esta misma zona, rotulados en la colección del autor, con las letras D, E, F y G, de menor importancia, y que sería prolijo describir.

grandes concurrencias, en aquellos magníficos y célebres mitotes, donde se mostraba todo el esplendor barbárico, con ocasión de sus fiestas agrícola-religiosas. También se invocaría entonces a Tlátoc, dios de la Lluvia y de las Nubes, de los Truenos y de los Relámpagos. ¿Con qué ansia no implorarían estas huestes de agricultores, después de las prolongadas sequías del verano, las primeras gotas para fructificar sus sementeras? El advenimiento de las primeras lluvias debió revestir una singular expectación en estas tribus bucólicas, pues de la abundancia de las cosechas dependían su bienestar y la felicidad comunales. En esas épocas de dilatadas sequías eran particularmente indicados los sacriifcios de víctimas humanas como ofrendas propiciatorias en honor al insaciable dios Tláloc. Después de una recolecta copiosa, el júbilo y satisfacción de nuestros agricultores debió conocer no límites, y manifestarían su agradecimiento a los dioses ofrendándoles los mejores de sus productos. A la lluvia la llamaron los aztecas "licor de la tierra", porque del mismo modo que el licor alegra el espíritu de los hombres, la lluvia alegra y fructifica los sembrados. (Apud Nuttall, 1901).



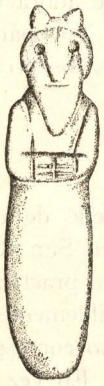
Crabado No. 11.
Fragmento que representa el mito antropogénico. (Procede de San Rafael de Coronado; largo 6¾ centímetros). Colección J. A. L.

ALTAR A

Este altar fué hallado en 1899, muy fragmentado, por el señor don Juan Corrales, en su propiedad en San Rafael de Coronado, en la carretera que conduce a Los Bajos, accidentalmente, al extraer raíces de una chayotera próxima a su casa. Junto al altar fueron hallados, además, también rotos, otros nueve metates trípodes, sin ornamentación alguna, variando entre cuarenta y cincuenta centímetros de ancho, por un metro y medio de longitud. En asocio directo a estos metates se encontraron gran cantidad de fragmentos de cerámica y de piedra, pero no se encontraron inhumaciones humanas. Este Altar A y los otros nueve adicionales, fueron adquiridos por compra por el profesor español, don Juan Fernández Ferraz, quien graciosamente hizo luego donación de ellos al Museo Nacional en 1900.

La figura central de este altar, a mi juicio, no es sino una representación del concepto huetar del dios Tláloc; quizás sea una fusión del concepto del propio dios de la Lluvia, con el lagarto deificado tan frecuentemente en nuestras antigüedades. Este dios, adorado en territorio nahua con el nombre de Tláloc, es el mismo a quien en lengua maya se llamó Yum-Chac. Esta correlación nos ofre-

cería una prueba evidente de la influencia en nuestros aborígenes, de la religión de las razas del norte. Las más destacadas características de este dios, en varias representaciones, tanto en cerámica y en piedra, como en los códices, son sus grandes ojos redondos y la prominencia de los incisivos. (Véase también el grabado Nº 7). Nuestra figura central, bien acentuados estos principales distintivos, está formada por un cuerpo masculino de pie, cuya cabeza consta de cuatro figurillas de animal, que se desprenden del centro de la plancha superior, formando sus grandes ojos, nariz y orejas, y de unas mandíbulas, semejantes a las del lagarto, con los incisivos muy prominentes; una serpiente ondulante, con cabeza humana, emergente de estas fauces, toca sobre el pene erecto del dios; los brazos, doblados en los codos, se apoyan en las columnas laterales; todo el conjunto descansa sobre un lagarto de dos cabezas. Las representaciones de estos animales figuran todas como atributos simbólicos inherentes al dios Tláloc. Por último, las tres unidades trípodes ofrecen como adorno un grupo bellamente esculpido: una figura de mono, sobre otra de jaguar, que aprisiona entre sus garras una cabeza humana, todo esto de indudable simbolismo mitológico.



Grabado No. 12.
Colgante que representa un buho estilizado. (Procede de Tierra Blanca de Cartago; altura 12½ centímetros). Colección J. A. L.

Bajo el punto de vista estético, este metate que está tan preciosamente tallado, ofrece al observarlo de pronto, la impresión de recargamiento, pero es muy probable que las exigencias rituales pidiesen la presencia conjunta de tantos elementos. Quizás pertenezca esta escultura a una época avanzada en el desarrollo del arte indígena, bien puede que sea el producto de un arte ya decadente.

Durante el mes de setiembre pasado, tuve el privilegio de conducir unas excavaciones en el lugar adyacente al sitio del hallazgo de este altar, precisamente donde antes se hallaba situada la antigua casa de habitación de la familia Corrales.

Las retribuciones en esta excavación no correspondieron, es cierto, a las grandes ilusiones con que se inauguró el trabajo. Bien podía esperarse que junto al lugar donde se exhumara la más importante escultura lítica arqueológica de Costa Rica, hubiese aun objetos de gran mérito. Pero solamente un único ídolo y un grupo heterogéneo de objetos y fragmentos, vinieron a completar esa serie de magníficos hallazgos dentro del principal recinto sacerdotal de Toyopán.

Rodeado de una gran cantidad de fragmentos de metate, algunos de ellos no comunes y de alguna belleza; de muchas manos de moler, y de tejoletas variadas, se descubrió un ídolo sobre un pequeño túmulo o pedestal de piedras redondas. (Véase el grabado Nº 8). Es ésta, la principal pieza hallada, un ídolo varonil desnudo, de pie, de tipo arcaico, esculpido en redondo en lava basáltica; la mano derecha descansa sobre la cadera, y la izquierda está apoyada contra la boca, en idéntica actitud que las figuras antropoides de las unidades trípodes del Altar A. Sobre la cabeza tiene un bonete con una cruz, y dos borlas que caen sobre la nuca. Quizás en este ídolo primitivo se inspirare el artista huetar al tallar nuestro famoso monolito.

La elevada importancia religiosa de esta estatuita es evidente. Es el único ídolo que ha sido hallado en asocio a este altar, y este hecho nos inclina a creer que fuese, sin duda alguna, de las principales deidades mayores adoradas por los antiguos huetares en sus prácticas rituales. Si hubo otros ídolos contemporáneos, deben haber sido de material deleznable o bien fueron exhumados sin que quedara, por desgracia, información alguna.

Tampoco se hallaron en esta excavación, huesos humanos, lo que nos confirma que este lugar fuese exclusivamente el sitio de adoración y de ceremonias, y como ya hemos insinuado, el recinto sacerdotal de Toyopán. No se exhumaron ni hachas ni armas, que son tan frecuentes en todos los otros enterramientos de carácter seglar o domiciliario en esta región.

ALTAR B

Este importante fragmento en basalto, procede de exhumaciones hechas por el señor don Isidro Méndez en 1905, también en San Rafael, muy cerca del lugar donde se halló el Altar A. Cuando sea factible practicar nuevas excavaciones y se logre recuperar la plancha completa, posiblemente ésta exceda de un metro veinte centímetros de longitud. Este fragmento corresponde al lado bípode y ostenta la cabeza y el tronco de un guerrero (?). En vez del reborde denticulado de los otros, ofrece ornamentos de ondas anchas, notándose además en un extremo, unas alas y garras de ave.

ALTAR C

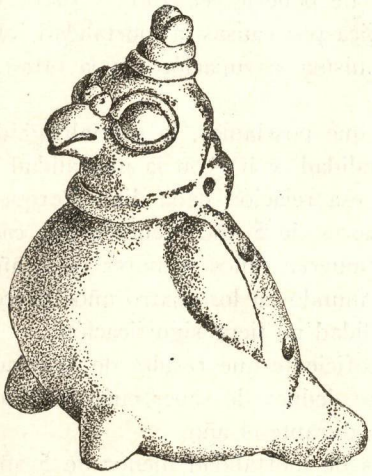
Este tercer altar de ceremonia fué hallado en agosto de 1932, un poco al noreste de sus otros compañeros, cerca de San Isidro de Heredia, al hoyar para sembrar cafetos. Roto en dieciséis pedazos dispersos, fué preciso hacer una grande excavación para recuperarlo en su totalidad. Es de menores proporciones que el altar A, pero sí de una sencillez moderada en sus líneas suaves y elegantes, de noble reposo. Creo que posiblemente pertenezca a una época artística de mayor antigüedad que los otros.

Su figura central representa una ave, aparentemente una lechuza, con las alas extendidas y en actitud de aterrizar, trayendo un bulto asido por el pico, de probable valor cosmogónico. Las unidades trípodes representan pelícanos, o bien tucanes, también atributos del dios Tláloc, éstos en postura reposada, con las alas

plegadas y tocando el reborde denticulado del altar con el extremo del pico. Creo poder interpretar en esta pieza una corroboración al mito antropogénico según fuese recogido por la tradición entre nuestros indígenas del sur. Los habitantes del Alto Chirripó nos narran que ellos saben de sus padres, que los abuelos de sus abuelos decían "que el mundo lo había comenzado un hombre traído por una lechuza". La región brunca ofrece también una representación mitológica idéntica, en una piedra oval, bella y sencillamente tallada que muestra una lechuza con una cabeza humana colgando de su pico. (Véase el grabado Nº 9). Este monumento pertenece en la actualidad al Museo de la Curia Metropolitana. La lechuza o "tocolotl", puede considerarse como simbólica del mito etnogénico, y debió adorarse por nuestros aborígenes en ese sentido. La vasta y variada cantidad de objetos que la representan, atestiguan claramente la alta importancia de sus funciones simbólicas. (Véanse los grabados Nos. 6, 10, 11, 12; y 13).

EPILOGO

Siempre he tenido la convicción íntima de que este pequeño grupo de altares encierra dentro de sus exquisitas esculturas, un mundo de significación esotérica, un simbolismo profundo, el epítome de incontables centurias de evolución de esa raza viril, noble y grande: la enigmática raza huetar. Incapaz yo para descifrar en estos altares sus arcanos, no me cabe sino admirarlos y preguntar: ¿de qué grandes proezas fueron estas piedras testigos presenciales?



Grabado No. 13.
Ocarina que representa un buho. (Procede de Santa Cruz de Guanacaste; altura 10½ centímetros). Colección J. A. L.

Hacienda Montserrat,
Octubre de 1934.